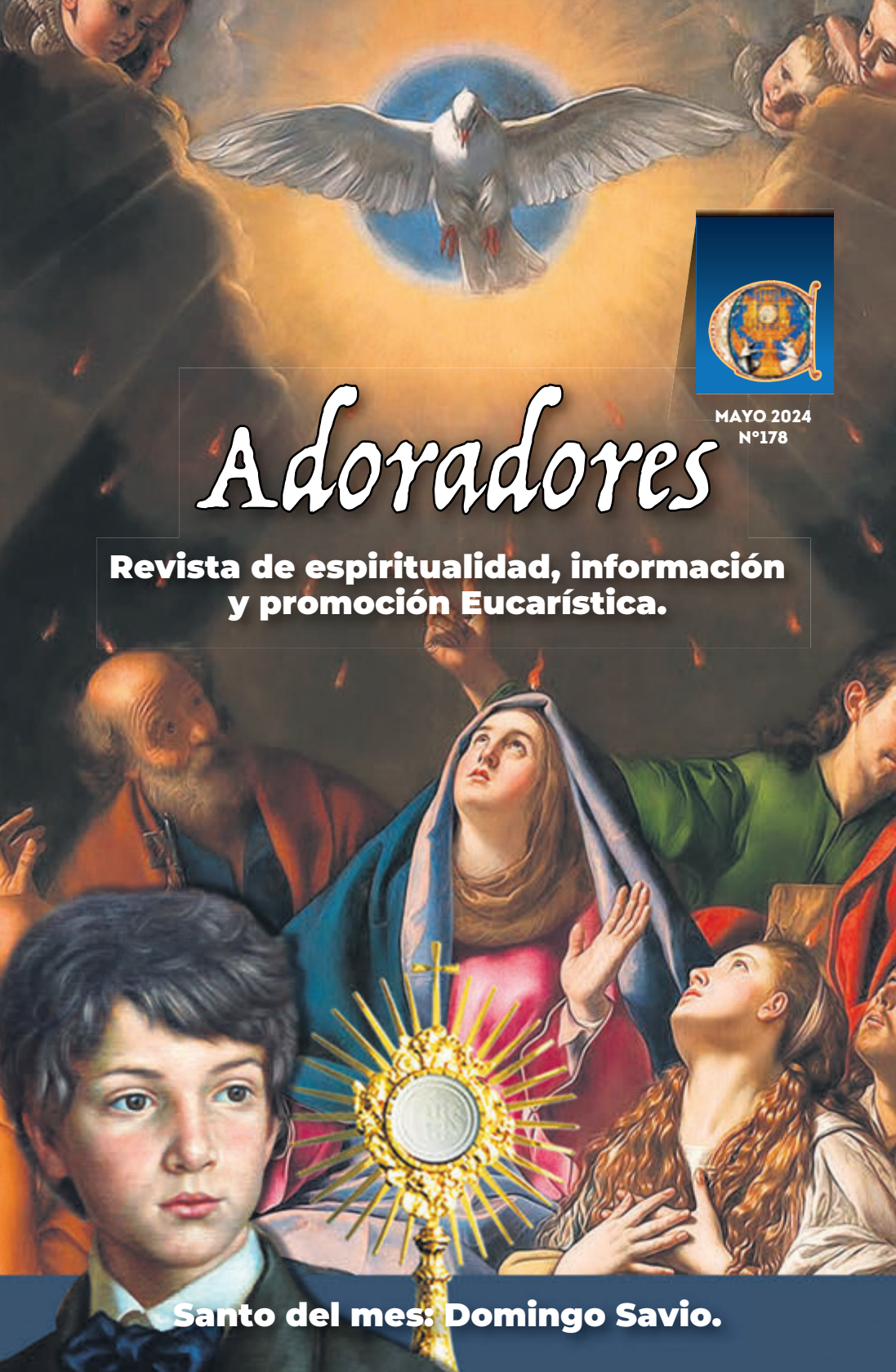


MAYO 2024
Nº178

Adoradores

Revista de espiritualidad, información y promoción Eucarística.

Santo del mes: Domingo Savio.

Dios y mis cosas:

El autor nos propone en los momentos de tentaciones, no examinar tanto las mismas, sino ofrecernos a Jesús. Pag 10 y 11

Elegidos por Él:

Las gracias de la Eucaristía son enormes y numerosas. ¿Realmente las sabemos valorar? ¿Las aprovechamos?
Pags. 16 a 18

Un pequeño gigante de santidad:

Santo Domingo Savio solía todos los días dejar de ir al recreo para visitar el Santísimo Sacramento. Pag 20 y 21

Staff:
Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o *administracion@cristohoy.org* // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.

El Espíritu Santo

Inmediatamente que ilustra el alma, la transforma.

"Dios viene y hace mansión en el corazón del que ama verdaderamente y observa sus mandamientos, y de tal manera es penetrado por el amor de la Divinidad, que no se desprende ni separa de él ni aun en tiempo de tentación. […] El amor de Dios jamás se encuentra ocioso, y obra grandes cosas si existe en nosotros: pero, si rehusamos obrar bien, señal es de que carecemos de él. […] El Espíritu Santo suplica, porque inflama con su amor a los que ha llamado, para que pidan y supliquen. […] Con razón se apareció el Espíritu Santo bajo la forma de fuego, porque el fuego aleja de los corazones la indolencia y la frialdad y los enciende en el deseo de la eternidad. […] El Espíritu Santo se apareció bajo la forma de paloma y de fuego porque a todos los que llena los hace sencillos y los anima a obrar. Los hace sencillos con la pureza y los anima con el celo […] Como quiera que este Espíritu enseña la rectitud y la sencillez, debió manifestarse bajo la forma de fuego y bajo la de paloma, a fin de que todo corazón tocado con su gracia sea pacífico con la mansedumbre y se estimule por el celo de la justicia. […]

Nadie atribuya al predicador lo que le oye, porque, si el Espíritu Santo no estuviere en el interior del que enseña, su lengua se ocuparía en vano de exhortar al bien. Ved. Pues, que todos estais escuchando ahora la misma voz y no todos percibís el mismo sonido. Luego, no siendo distinta la voz, ¿por qué perciben distinto sonido los que la escuchan, sino porque hay un maestro interior que enseña de una manera especial a algunos, para que entiendan lo que dice el predicador […]

¡Oh, qué artífice es este Espíritu! No se tarda en aprender lo que quiere. Inmediatamente que toca nuestra mente, enseña, y sólo haber tocado es haber enseñado ya. Inmediatamente que ilustra el alma, la transforma".

San Gregorio Magno

Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:
- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11; 3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7

Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un "pan bendecido"; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: "Tener fe es creer en lo que no se ve". No vemos a Jesús visible,

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.
Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.
Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.
Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.
Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:
¡Jesús mío, misericordia!
Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.
Por los de mi niñez y adolescencia.
Por los de mi juventud.
Por los de mi edad adulta.
Por los que conozco y no conozco.
Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.
¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.

Al culminar la adoración

Actos de amor

"Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:
Te amo, Jesús mío, como a nadie.
Porque Tú me has amado infinitamente.
Porque Tú me has amado desde la eternidad.
Porque Tú has muerto para salvarme.
Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.
Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.
Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.
Porque Tú eres mi mayor amigo.
Porque Tú me llenas de tus dones.
Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.
Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.
¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!
Te amo y te digo con aquel tu siervo: ¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!
¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.
Te amo cuando tu Hijo te ama". (S. Juan Eudes).
Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comienzan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el "don inestimable" de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy
rendidas gracias por los
beneficios que me has dado.
Padre Celestial, te los
agradezco
por tu Santísimo Hijo Jesús.
Espíritu Santo que me
inspiras estos sentimientos,
a ti sea dado todo
honor y toda gloria.
Jesús mío, te doy gracias
sobre todo por haberme
redimido.
Por haberme hecho cristiano
mediante
el Bautismo, cuyas promesas
renuevo.
Por haberme dado por madre
a tu misma Madre.
Por haberme dado por
protector a san José,
tu padre adoptivo.
Por haberme dado al ángel
de mi guarda.
Por haberme conservado
hasta ahora la vida para
hacer penitencia.
Por tener estos deseos de amarte
y de vivir y morir en tu gracia.

Oración final

Jesús mío, dame tu bendición
antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Sin interés propio

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

Si nuestro Señor los deja fríos, áridos, sin consuelos, díganse: En verdad, bien merecido lo tengo; quizá los consuelos no me acarrearían ningún bien, y me creería más interior, más virtuoso de lo que soy.

Quiere el divino maestro probar mi fe y mi generosidad, y experimentar si le amaría y trabajaría por puro amor, sin interés propio. Mas si yo le amo fielmente, cuán contento se sentirá su corazón al haber hallado un alma que vela con Él en el huerto de los olivos, en el huerto del puro amor.

Lo que les apena sobre todo son las meditaciones en que los acompañan la aridez y el sueño; es la frialdad que sienten en las comuniones. Sigan practicándolas, a pesar de todo. Llegará un hermoso día en que nuestro Señor, contento de la paciencia en esperar, convertirá esas nubes en beneficiosa lluvia.

En la meditación

Cuando se encuentren en ese estado de impotencia, en lugar de querer reflexionar y considerar verdades, ejercítense en actos de fe, de confianza, de humildad y de amor, como si se sintieran del todo felices.

Cuanto más fríos y áridos sean sus actos, tanto más perfectos serán, porque, al menos, no estarán viciados por el amor propio.

En estos estados de sequedad espiritual harían bien en escoger un capítulo de la *Imitación de Cristo* en consonancia con su disposición de momento y en leerlo con pausa, para que se empape dulcemente el alma; ensayen esto en sus meditaciones.

En la comunión

En cuanto a la sagrada Comunión, continúen recibiéndola, aun cuando no experimenten ternura; nunca fuercen su espíritu ni violenten su corazón: todo esto no serviría más que para turbar y para cansar el alma y apartarla de ese estado de paz y recogimiento que vale más que todo.

Servir a Dios, sólo para Dios

Sigan sirviendo a Dios, sólo a Dios, con la fidelidad del amor generoso.

Si no gozan de consuelos, poseen algo más precioso: la fuerza y la paz de la confianza en Dios. Guarden estos dos bienes con el mayor cuidado, porque están muy por encima de las olas del mar y de los nubarrones de este mundo.

El servicio de Dios debe prevalecer sobre todos nuestros gustos: la fidelidad en cumplir su voluntad santísima debe ser la primera de nuestras virtudes y el primer acto de nuestro amor divino. No olviden nunca que

"Llegará un hermoso día en que nuestro Señor, contento de la paciencia en esperar, convertirá esas nubes en beneficiosa lluvia".

el amor del huerto de Getsemaní y el del calvario es mucho más hermoso que la gloria del Tabor; que ser fiel a Jesús triste, solitario, abandonado es propio de las almas perfectas, de la santísima Virgen, de san Juan y de santa María Magdalena.

No se extrañen de sus sequedades y arideces espirituales: son el desierto de la tierra prometida, la hornaza de la purificación, el medio de la separación del mundo, el combate y el grito del alma que dice: "Jesús mío, Tú sólo eres bueno, Tú eres el bien de mi alma y la vida de mi vida".

Gusta Dios de sumergir al alma en un misterioso abismo para que se purifique de sí misma y se una con más pureza a Él.

Cierto que bajo tal prueba agoniza el alma, pero es para revestirse de una nueva vida.

Dios la hastía y la desprende de sí misma para unirse a ella con mayor pureza. Le hace el vacío de todo lo que no sea Él. La naturaleza, decían antaño, tiene horror al vacío; más Dios ama este vacío del corazón, y cuando no lo halla en nosotros se lo procura.

Prevengan también la tristeza y la turbación interiores que acompañan y siguen a esta purificación del alma, ya que, si no, se expondrán a las más penosas y perniciosas tentaciones. Para que obre Dios son necesarias algunas tentaciones; pero ustedes no deben procurarlas, ni fomentarlas, ni formar de ellas su estado de vida.

Dios y todas mis cosas

El autor nos propone en los momentos de tentaciones, no examinar tanto las mismas, sino ofrecernos a Jesús.

"En cuanto a sus tentaciones, ocúltenlas en una de las llagas de nuestro Señor y bondadosísimo Salvador..."
"...en lo más recio de la tempestad recójanse, cual piedras preciosas, a la ostra protectora, es decir, a nuestro Señor crucificado".

En esos momentos de profundos dolores ofrézcanse de buena manera a nuestro Señor, diciendo: "Yo sufro, yo muero; no importa; mi corazón y mi vida son tuyos; te amaré a pesar de mis penas y tristezas", y así verán cómo un nuevo horizonte de esperanza y de amor se abre ante sus ojos.

Es de todo punto necesario que el cielo del espíritu esté siempre sereno para ver y contemplar los deberes de nuestra vida, la verdad y la bondad de Dios.

¿No es cierto que cuando se posee a Dios no necesitamos de nada? Él suple divinamente a todo: es padre, madre, amigo, protector, consolador.

"Dios mío y todas mis cosas", decía con frecuencia san Francisco de Asís. Sí; consolídense en la confianza y en la santa entrega; esta es la cadena que no se quiebra, el sol que no sufre eclipses, la verdadera vida del corazón.

En las tentaciones

En cuanto a sus tentaciones, ocúltenlas en una de las llagas de nuestro Señor y bondadosísimo Salvador, y en lo más recio de la tempestad recójanse, cual piedras preciosas, a la ostra protectora, es decir, a nuestro Señor crucificado.

No examinen los efectos o las razones de las tentaciones; marchen siempre adelante; necesitan ser mantenidos en la miseria de su humillación y en la convicción de su debilidad.

Dios queda con ustedes; ahí está su consuelo y su fuerza.

Hagan un acto de resignación, no razonen con sus penas, no examinen sus turbaciones; conténtense con decir a Dios: "Oh Jesús mío, perdóname cuanto haya podido desagradarte; antes morir que pecar". Luego descansen con toda paz en el seno de la misericordia divina. Serán más del agrado de Dios si no se vuelven para contemplar Sodoma y Gomorra en llamas, y si clavan sus ojos en la cruz y en el amor de Jesús y en el cielo, que constituye el término de la jornada.

Jesús, que no hizo quebrar la caña medio rota, sostenga la débil caña de nuestra alma, si permite que el viento la agite y la incline a tierra; pero que al instante la haga dirigirse al cielo.

Jesús también fue tentado

También el demonio tentó al divino maestro; se le apareció revestido de diversas formas; y aún más: tuvo la osadía de llevarlo por los aires; pero Jesús le dejó obrar, hasta que, sin perder su serenidad y sin recurrir a milagros, lo rechazó tan sólo con algunas palabras.

Después de haber acompañado a Jesús en el Tabor, en Getsemaní, en el calvario, hay que compartir también con Él sus tentaciones; pero ¡confíen!, Jesús está frente a los demonios, modera su furor, está presto a combatir con nosotros. Cierto que el demonio no está solo: la imaginación, el corazón y el cuerpo conjuran con él contra nuestra pobre alma. Pero no se desalienten. Es cual una convulsión popular: es inútil razonar y gritar para apaciguar los ánimos; lo mejor es dejarlos gritar solos: pronto se calmarán y se llenarán de vergüenza. Es menos temible el demonio cuando nos tienta de un modo sensible.

¡Ánimo! Después del primer temor, cobren alientos, pónganse a salvo y acójanse al corazón del divino maestro, como los niños que, al sentirse con miedo, se acogen al regazo de su madre.

Paz en la guerra

Invitación a conservar la tranquilidad en el corazón de Jesús aun en medio de las tempestades.

Si les fuera posible no prestar tanta atención a esta algarabía interior, a todas esas impresiones, y vivir en paz aun en medio de la guerra, ¡qué consolador sería! Pero con todo, no olviden que nuestro Señor los quiere en tal estado, que le dan más gloria que en otro cualquiera, y que aun sus miserias pueden ser una bella materia de confianza en su bondad.

La tempestad purifica la atmósfera, pero pasa, y el sol reaparece más bello y resplandeciente.

¡Cuán dulces son, en la expansión recíproca del amor divino, los suspiros, los gemidos, las lágrimas de un corazón que no ama más que a Jesús!

Las humillaciones y los sufrimientos alivian la impotencia de nuestro pobre corazón; el martirio sería su mayor felicidad.

¿Creen acaso que los gemidos y las lágrimas de la Magdalena en el sepulcro del Señor, y la agonía de María a los pies de Jesús moribundo en la cruz, no fueron efecto del más heroico amor? El amor del bondadoso y ternísimo Jesús, sufriendo a solas y abandonado de su Padre y de los hombres, ¿no llegó al último grado del amor sufrido y totalmente inmolada?

El grito del amor inmolado

¡Ah; sí! ¡Viva Jesús! ¡Viva su cruz!

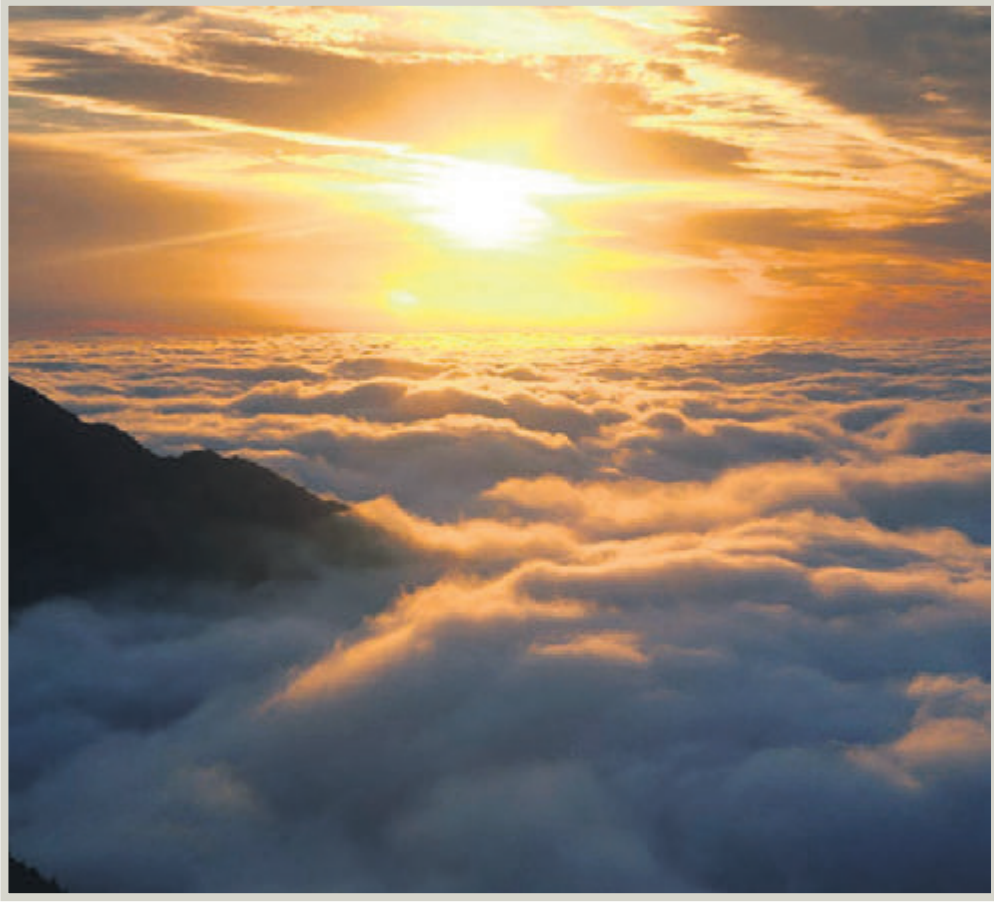
Cierto que Jesús se quejó a su Padre: "Padre mío, ¿por qué me has abandonado?".

También ustedes pueden quejarse, pero con todo amor y después del combate: este es el grito del amor inmolado. Cuando el enemigo de Jesús y el de su salvación los embista con toda su fuerza, hagan tan sólo una cosa: humíllense con toda la esperanza de la confianza en Dios. Pero es poco todavía: den un paso adelante; créanse más malvados que el diablo, diciendo a nuestro Señor: "Miserable de mí, a él no le hiciste tantas mercedes como a mí; él no tuvo un salvador que fuese padre como lo tengo yo; no te ofendió más que una vez y yo te he ofendido mil veces y he sido ingrato e infiel; bien merecido tengo que sea él un verdugo de tu justicia. Padre mío, me abismo en mi nada; más ya que eres mi padre, no me abandones, no me sueltes de tu mano: tuya es mi voluntad y mi corazón; lo demás sea de tu justicia".

En el corazón de Jesús

Que el corazón de Jesús inflamado de amor sea tu fuerza, tu protección, tu centro, tu calvario, el sepulcro de todo tu ser y, finalmente, la resurrección, la vida y la gloria.

Dios no los abandonará; con todo,



"¡Ah, sí vivieran sobre las nubes y tempestades, frente a un sol espléndido, cuán poco se preocuparían de los vientos y tempestades que a sus pies se agitan!"

quiere que le honren en el abandono y en los horrores que constituyen el suplicio del infierno; más en esta vida la gloria de Dios y su misericordia son las que triunfan de los demonios.

Las desolaciones interiores agradan más al Corazón de su esposo que todos los goces y resplandores del Tabor.

¡Ah, sí vivieran sobre las nubes y tempestades, frente a un sol espléndido, cuán poco se preocuparían de los vientos y tempestades que a sus pies se agitan!

Dejen obrar a nuestro Señor; sígan-le con amor y agradecimiento en todo.

¡Valor! ¡Siempre con el corazón bien alto y tranquilo; siempre con el espíritu fácil en sobrellevar las penas; pero en continua alabanza del amor que Jesús les profesa en esta tierra y del que les reserva en la patria bienaventurada!

La salvación

El autor nos propone poner manos a la obra y no postergar la salvación del alma.

Nuestro señor Jesucristo dijo: "¿Qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?" O "¿con qué podrá rescatarla una vez perdida?" (Mt 16, 26).

Salvar el alma es mi negocio

Ser rico, honrado, amado, servido, todo eso no es nada; hasta sería para mí el mayor de los peligros y la mayor

"Yo mismo debo hacer fructificar la gracia que Dios me ha dado y tejer con los méritos de cada día la corona eterna. 'Se cosecha lo que se ha sembrado'".

de las desdichas si llegara a ser ocasión de pecado, o me hiciera descuidar la salvación, puesto que todo se acaba con la muerte.

¿Qué me servirá delante de Dios el haber sabido reunir gran caudal de dinero, haberme hecho grande y poderoso en el mundo, haberme proporcionado todos los placeres de la vida, si nada he hecho para el cielo, si no he amado y servido a Dios, que es mi último fin?

Salvarme es, por consiguiente, para mí el primer deber; lo demás es bagatela y locura.

La salvación: un asunto personal

No puedo dejar este trabajo para otro, ni dividirlo con ninguno. Se trata de hacer penitencia por los pecados que yo he cometido, de corregirme de mis vicios, de combatir mis pasiones, de practicar las virtudes de humildad, pureza, caridad, paciencia, las cuales no puede nadie adquirirlas para mí.

Se trata de pagar a Dios mi deuda de justicia, y nadie puede pagarla por mí; nadie puede honrar, servir y amar a Dios en mi lugar. Yo mismo debo hacer fructificar la gracia que Dios me ha dado y tejer con los méritos de cada día la corona eterna. "Se cosecha lo que se ha sembrado".

Así que las virtudes de los demás no me harán virtuoso, ni de sus victorias y triunfos se me seguirá nada, como no sea una tremenda vergüenza en el juicio de Dios, cuando el soberano juez dijere: "Bien podías haber hecho lo que los demás hicieron".

La salvación: un asunto urgente

No lo podemos hacer más que en esta vida; ¡ay de mí si lo tengo sin acabar al llegar la hora de la muerte, pues no es tiempo de trabajar cuando uno debe ser juzgado!

Corta es la vida. Hay que apresurarse para reunir el caudal necesario para la corona del justo, no sea que la muerte nos sorprenda en medio del trabajo.

No hay momento en que la muerte no pueda sorprenderme, pues me sigue de cerca contándome los días y los pasos, prefijados por eterno e inmutable decreto del Creador.

Si en este mismo momento me sorprendiera la muerte, ¿encontraría Dios bien ordenadas las cuentas de mi administración?

¿Estoy preparado para comparecer ante el Juez?

¿Podría presentarme con aquella confianza del bueno y fiel servidor que ha cumplido fielmente todas las órdenes de su amo y no espera más que la recompensa merecida?

¡Ay, Dios mío, ten aún un poco de paciencia, que te daré todo lo que debo! Algunos días más de misericordia, Señor, y seré más fiel; quiero reflexionar sobre esto para renovarme en tu santo servicio, comenzar nueva vida y hacerme santo.

Oh, María, madre de gracia y de misericordia, me postro a tus pies; sálvame del peligro de perder mi alma, ponme en el buen camino que conduce al cielo; guíame vos misma para que un día llegue allá felizmente. (Adaptación)

Te elegí, y te puse

"Sé un Sagrario mío en donde Yo entrara cada mañana por la santa Comunión y de donde nunca saliera…"
Pinceladas eucarísticas de san Manuel González.

Las gracias de la Eucaristía son enormes y numerosas. ¿Realmente las sabemos valorar? ¿Las aprovechamos?

Detente... ¿te acuerdas? ¡te impresionó tan dolorosamente aquel no estar nunca nadie conmigo en mi Sagrario, que te decidiste a quedarte tú y a llamar para siempre al Sagrario mío el Sagrario tuyo!

¡Mi Sagrario! ¡Cómo se te derretía la boca y el corazón al repetir en tus horas de trabajo, de adoración, de desagravio, de sacrificio: ¡Mi Sagrario!, y ¡cómo esa palabra ponía en todo aquello humo de incienso, fragancia de mirra y unción de bálsamo para el Jesús tuyo!

Sí, para eso te elegí y te puse, para que de tu boca, de tu cariño, de tu trabajo, de tus lágrimas, de tu cruz de cada día exhalaras ante el Sagrario tuyo y mío el buen olor de todas esas cosas.

Dime si es que ha sido así:

Te puse

Para que fueras mi lámpara viviente. ¿Has ardido cada día?

¿No te sorprendieron los ángeles de mi guardia alguna vez apagada?

Te puse

Para que fueras la mano que siempre señalara hacia Mí, la voz que de Mí siempre hablara, el pie que hacia Mí siempre se dirigiera, el corazón que siempre me quisiera... ¿y puedes asegurarme que tu mano, tu boca, tu pie y tu corazón no dejaron ningún día su nobilísimo oficio por cansancio, por miedo, por vanidad, por amor propio, por inconstancia, por... moda?

Te puse

Para que fueras un Sagrario mío en donde Yo entrara cada mañana por la santa Comunión y de donde nunca saliera...

Y ¿me has dejado entrar todos los días? Y lo que es más triste, ¿no me echaste alguna vez?

Te puse

En una palabra, para contar contigo...

¿Sabes todo lo que punza a mi Corazón vivir en muchos, muchos pueblos sin contar con nadie?...

¡Cómo me duele eso!

¡Y cómo debe obligar a la lealtad y a la abnegación a toda prueba el escoger a un alma para contar con ella!

¡Adorador! ¿He podido contar contigo todos los días del año que se va?... ¡Adorador! ¿Podré contar contigo todos los días del año que entra?...

Alma de fe, seas o no María, de fe viva, de Comunión bien digerida, ¡qué! ¿podré contar contigo? ¿Siempre? ¿En triunfos y derrotas? ¿Siempre?

Utiliza bien el tiempo

¿Has pensado alguna vez lo que sólo una hora de tiempo bien empleado puede dar de gloria a Mí de utilidad a tu prójimo y de mérito a tu alma? ¿Sabes todo el valor que mi Padre celestial da y reconoce a una sola palabra dicha en mi nombre, a una sola lágrima derramada por Mí, a un solo deseo bueno de trabajo por mí...?

Piensa en las horas que transcurren, en las palabras que se dicen, en las lágrimas que se derraman en los pasos que das y la formulación de deseos de Mí y por Mí...

¿No te duele pensar lo que has podido hacer y no has hecho? O en buena hora, no te conmueve recordar que has hecho todo lo que has podido...

Quizás, en el año no pocas veces has respondido a los que te han pedido un poquito de trabajo o de sacrificio por Mí: no puedo más; y hasta a tu conciencia misma, que te lo pedía con insistencia, le respondiste lo mismo, ¡que no podías! pero, ¿era verdad?

Ahora que pasó la ilusión que quizás te oscurecía, la pasión que te

Piensa en las horas que transcurren, en las palabras que se dicen.

extraviaba, el afán de comodidad que te dominaba, el horror a ser humillada que te acobardaba... ahora, aquí solitos los dos y en esta paz que transmite el Sagrario, ¿te atreves a seguir diciendo que aquello que dejaste de hacer fue de verdad porque no podías...?

¿Cuántas veces no fuiste al Sagrario porque te parecía que "no podías"...?

Permíteme que ahora haga esta pregunta: ¿Has hecho bien el bien? ¿En la medida que te pedía, con la intención de agradarme, con la confianza en mi auxilio, con la paz del que me sirve...?

¿Ves cuántas cuentas que ajustar, tiene la vida de un cristiano?

¿Y si ese cristiano es uno de mis adoradores, de mis Sagrarios-Calvarios? ¡Ellos son los elegidos para consolarme y repararme!

No te asustes, que todavía no es Jesús-Juez quien te exige cuenta, sino Jesús-Padre quien te la suplica. ¡Estás siempre a tiempo!

San Manuel González

Momento eucarístico hecho poesía

Poetas y escritores cantaron su fe y ofrecieron sus palabras para que nosotros podamos decirle con ellas al Señor Sacramentado cuánto lo amamos.

A Jesús en el Sagrario

Ábreme, Jesús, la puerta;
golpeando estoy ha rato.
¿No me escuchas que no sales?,
¿o dormido estás acaso?
Ábreme, Jesús, que es tarde
y he salido así corriendo
de entre medio del barullo;
he querido estar con Vos.
Ábreme, abre, te ruego,
la puertita del Sagrario,
aun si duermes y descansas,
para yo velar tu sueño. *(De la beata paraguaya, Chiquitunga)*

Tu alimento eterno

Santísimo Sacramento!
Luz de mis ojos, Sol de mi vida.
En cada instante y momento,
mi alma te adora
de amor rendida.
Si los bellos serafines te aman,
te adoran,allá en el Cielo,
mi corazón que te adora,
te ama y bendice
desde este suelo.
Si supieran los mortales,
la eterna gloria
que en Ti se encierra.
Tan sólo por visitarte ¡ay!
cruzarían toda la Tierra.
En Ti, augusto Sacramento,
Manjar divino, Pan celestial,
las delicias de la Gloria.
La paz eterna halla el mortal. (*Doña Juana Carou Rodríguez)*

"Sólo una cosa debemos hacer aquí abajo..."

Ángel de mi Eucaristía
eres tú de mi corazón delicia.
Sí, es tu dulce melodía
la que consuela mi dolencia.

Muero por darme a las almas,
pero muchos corazones
son incrédulos.
Confiéreles, Serafín, tus llamas,
con la dulzura de tus sonetos,
acércalos.

¡Me gustaría, Sacerdote,
que tu alma
como el Serafín celestial luciera!
¡Que al acercarte
al sagrado Altar
cada vez de nuevo nacieras!

Para conseguir este milagro
las almas han de acercarse
orando sin cesar
ante el Sagrario
para día a día a mí ofrecerse.
(Palabras de Jesús en una obra de teatro por Sta. Teresita)

Santo del mes: 06, Santo Domingo Savio

El pequeño gigante de santidad

Partió a la Casa del Padre con sólo 15 años. Todos los días dejaba de ir al recreo para visitar el Santísimo Sacramento.

Fue el segundo de los diez hijos de Carlo, un herrero, y Brígida, una costurera. Domingo nació el 2 de abril de 1842 y fue bautizado el mismo día. Desde pequeño le agradaba mucho ayudar a la Misa como acólito, y cuando llegaba al templo muy de mañana y se encontraba cerrada la puerta, se quedaba allí de rodillas adorando a Jesús Eucaristía, mientras llegaba el sacristán a abrir.

El día anterior a su primera confesión fue donde la mamá y le pidió perdón por todos los disgustos que le había proporcionado con sus defectos infantiles. El día de su primera comunión redactó el famoso propósito que dice: "Prefiero morir antes que pecar".

Iba a la escuela caminando unos quince kilómetros al día, por caminos inseguros, pero cuando se le preguntó si tenía miedo su respuesta fue: "¡Sin miedo! No estoy solo. Tengo al Ángel Guardián que me acompaña". En 1854, conoció a Don Bosco, le expresó su deseo de estudiar para ser sacerdote y el santo educador decidió convertirlo en su alumno en el oratorio de Valdocco, en Turín. Una tarde, el maestro le dirigió estas palabras a él y a los otros niños. "Es la voluntad de Dios que nos hagamos santos. Dios nos

prepara un gran premio en el cielo si nos hacemos santos". Así que le pidió a Don Bosco que lo ayudara con esa obra y sintió el deseo de responder sirviendo al Señor con alegría.

En su crecimiento hacia la santidad, Domingo comenzó a confesarse cada ocho días e ir a misa todos los días, recibiendo siempre la Eucaristía. Amenizaba los juegos, enseñó el catecismo a sus amigos y era su guía y pacificador. No tenía miedo de tomar decisiones incómodas, como cuando rompió periódicos obscenos traídos al oratorio por un niño más fuerte que él, o cuando despidió a un protestante que se había acercado para difundir sus ideas religiosas a los otros niños. La

madre de Don Bosco, entre otros, pronto se dio cuenta de su santidad. La venerable Margarita Occhiena le dijo a su hijo: "Tienes muchos jóvenes buenos, pero nadie supera el hermoso corazón y el alma de Domingo. Siempre lo veo rezando, quedándose en la iglesia incluso después de los demás; todos los días deja de ir al recreo para visitar el Santísimo Sacramento. Está en la iglesia como un ángel que habita en el Paraíso".

Fundó la Compañía de la Inmaculada en 1856. En la iniciativa de la fundación involucró a sus mejores amigos, a quienes dijo: "Unámonos, fundemos una compañía para ayudar a Don Bosco a salvar muchas almas".

En la epidemia de cólera de 1854-1856, Domingo se ofreció como como voluntario para ayudar a los enfermos. Posteriormente por su salud frágil enfermó de tuberculosis.

El 9 de marzo de 1857, cuando estaba para cumplir los 15 años, después de confesarse y comulgar y recibir la Unción de los enfermos, sintió que se iba hacia la eternidad. Llamó a su papacito a que le rezara oraciones del devocionario junto a su cama. Y a eso de las 9 de la noche exclamó:

"Papá, papá, qué cosas tan hermosas veo" y con una sonrisa angelical expiró dulcemente. (Fuente: Agencias)

"Siempre lo veo rezando, quedándose en la iglesia incluso después de los demás…" le decía a don Bosco su mamá, Margarita.